

# Volar

Hola. Soy Julio. Tengo catorce años. Soy parapléjico. No puedo mover ni los brazos ni las piernas, ni ninguna parte de mi cuerpo que no sea mi cabeza. No puedo hacer ningún tipo de deporte, ni bailar, ni girar las páginas de un libro, ni siquiera sujetar un tenedor. Suelo echar de menos mi vida de antes. Tuve un accidente de coche. Obvio. Eso es lo que siempre pasa. Cuando hay algún accidente de avión, el mundo entero lo sabe, todos se afligen y solo se habla de ello durante semanas. En cambio accidentes de coche hay todos los días. Familias pierden a seres queridos, madres a sus hijos, niños a sus padres, amigos, compañeros. Y también hay gente que acaba sin poder moverse nunca más. Pero nadie lo sabe. O le parece un peligro tan lejano que no se lo cree. Hasta que le pasa. Iba a un partido con mi padre. Era la primera vez que mi equipo llegaba a la final y estaba ilusionadísimo a la vez que nerviosísimo. Estábamos saliendo de la autopista y nos estábamos riendo por algún chiste que me habrá contado mi padre. Y se nos encaró un coche. Y no frenó. Y chocó. Mi padre salió del hospital un mes más tarde con una cicatriz en el brazo y otra en el estómago. A parte de eso, intacto. Yo no he vuelto a moverme nunca más. Desde cierto punto de vista, he tenido suerte. No me he muerto y mi padre tampoco. Ni ninguna de mis hermanas o mi madre en otro accidente. Pero aun así daría cualquier cosa por volver a mi vida de antes. Aunque si me lo pienso bien, no habría conocido ni a Dani ni a Luna. Bueno a Dani ya le conocía, un viejo amigo de mis padres. Nunca acabé de entender lo que hacía en la vida, si veterinario, biólogo, ingeniero forestal... en realidad creo que probó un poco de cada y mucho más. La cosa es que después del accidente vino a casa. No se lamentó por mí como hicieron todos los adultos que nos visitaron, ni me sonrió con aire apenado, ni intentó hacer como si yo seguía normal. Simplemente tras haber saludado a mis padres se plantó delante de mí y me dijo: "Te llevo a volar." No lo entendí. Como nunca había sido un tipo muy normal, esta vez pensé que se había vuelto loco de verdad pero no me dio tiempo a decir nada. Cogió la silla de ruedas y me llevó hasta su coche. Entonces me entró un poco de pánico. Debí de poner una cara rara porque se dio cuenta. Se descompuso un poco pero luego se agachó para poder mirarme bien a los ojos:

-Tú eres un chico valiente. Sabes, hay muchas cosas que no vas a poder hacer nunca más. Subirte a un coche no es una de ellas y te aseguro que es muy útil como medio de transporte. No puedes dejar que un miedo te pueda. No puedes moverte pero vas a vivir, y para eso, mejor vivir feliz.

A duras penas asentí y esboqué una sonrisa, más bien falsa. No entendí muy bien lo que tenía que ver ser feliz y subirme al coche pero no quería pasar por un cobarde, y además me caía bien Dani. Así que me cogió en brazos y me sentó en el sillón delantero. En el trayecto me explicó que su trabajo actual era cetrero. No sabía lo que era. Por lo que él me explicó que tenía un ave rapaz y que la había adiestrado para cazar animales silvestres. Su ave era un halcón gerifalte, se llamaba Cárdemo. Me explicó que la llevaba casi todos los días a cazar. Me contó muchas más cosas sobre pájaros y cetrería hasta que llegamos. A decir verdad nunca me interesé por nada que tenga que ver con la naturaleza pero debo reconocer que mientras Dani hablaba yo me quedaba fascinado por todo lo que me contaba. Me bajó del coche y me volvió a instalar en mi silla. Estábamos en una especie de gran explanada, con unos escasos arbustos y un bosquecito a lo lejos. Mi silla no avanzaba muy bien por el suelo arenoso lleno de piedrecitas. Me dio pena pensar que normalmente habría salido a correr en cuanto habría bajado del coche o estaría ayudando a Dani a bajar la caja en la que tenía su gerifalte o simplemente me habría quedado mirando el paisaje, de pie, sin ayuda y con mis propias piernas. Pero se me olvidó muy rápidamente. Dani había sacado a Cárdemo. Seguramente me quedé con una cara de bobo de lo impresionado que estaba. Con su plumaje blanco moteado de negro, se mantenía recto y elegante. Su seria mirada negra me atravesó hasta lo más hondo. Me sentí diferente. Me parecía que Cárdemo me había dicho algo importantísimo pero no me enteré del qué. Me sentía como más tranquilo, sereno. Seguramente es una tontería y una cursilada de las que sería capaz mi hermanita y me ruboricé pero así es como me sentí. Poco después, Dani le lanzó. Nunca he sabido qué había querido decir Dani cuando me dijo “te llevo a volar”. En cetrería “volar” es llevar el ave a cazar. Pero cuando se elevó Cárdemo fui yo el que voló. No pude apartar la mirada de él desde el momento en el que alzó el vuelo. Bueno, alcé el vuelo. Sentí mis alas desplegarse e impulsarse hacia arriba. Todos mis músculos se contrajeron. Mi sangre fluía por todas mis venas, desde mi corazón hasta las plumas. El viento resbalaba por encima de mí y el aire era reconducido por cada una de mis plumas para tomar la dirección adecuada. Me adentré en una corriente caliente para subir todavía más. Los rayos de sol me acariciaron la espalda. Volando cada vez más rápido, parecía que los estaba esquivando. Estaba tan alto que podía tocar el cielo. Agité las alas un par de veces y las junté contra mi cuerpo. Bajé en picado, con una velocidad increíble, sin parar, el viento me azotaba la cara. Con los ojos entrecerrados, me dejé caer hasta un metro por encima del suelo. Entonces extendí las alas y el aire que se adentró entre ellas me volvió a elevar en un cielo sin nubes, tranquilo. Fue un momento realmente mágico. No sé si por tener tantas ansias de moverme o por la belleza de su vuelo conseguí tener esa sensación de estar en el cuerpo del pájaro. Esta sensación de total libertad y bienestar no se me olvidará nunca. La verdad es que, aparte de eso, no recuerdo muy bien la tarde que siguió. Sé que el gerifalte es un ave que caza generalmente pluma, es decir otros

pájaros. Pero aun así, al principio me pareció horroroso ayudar a matar a cualquier otro ser vivo que pudiese volar. Acabé entendiendo que eran las irreversibles leyes de la naturaleza que querían que las cosas fuesen así. En el trayecto de vuelta me quedé muy pensativo. Sé que el accidente ha cambiado la vida de toda mi familia. No puedo hacer nada. Tienen que hacerlo todo por mí. Incluso para mis hermanas todo será diferente. Ellas me dan de comer, me llevan en la silla a muchas partes y cuando mi madre no puede, me visten. Mis padres se turnan por las noches para dormir al lado mío, me escriben todo lo que les dicto cuando me hace falta, me hacen la cama, me llevan en brazos y muchas cosas más. Me doy cuenta de la carga que soy para ellos. Pero, en el coche, al volver, lo que estaba pensando es que me apetecía muchísimo tener un ave rapaz y ocuparme de ella, y sobretodo verla volar. Pero no sería posible. Ni siquiera me atrevería a pedírselo a mis padres porque no sabrían cómo decirme que no y se sentirían obligados y sería demasiado trabajo para ellos. Le conté todo esto a Dani, por la rabia que me daba que no fuese posible y no poder decírselo a nadie en casa. Ya no volví a torturarme soñando con mi propio pájaro, pero Dani vino muy a menudo para llevarme a volar a Cárdeno, y, poco a poco, todo se organizó en nuestra nueva vida. Meses más tarde, ya sabía mucho de cetrería y aves rapaces. Era lo que más me apasionaba. Nos habíamos acostumbrado ya a vivir con mi hándicap. Fue entonces cuando, un día, mi padre, mi madre y mis dos hermanas, la mayor y la menor, se sentaron alrededor mío y me anunciaron que habían hablado con Dani y pensado mucho. Creían que sería posible tener un ave rapaz en casa. A mis hermanas no les importaría ocuparse de ella porque siempre habían querido una mascota. A mis padres les había convencido Dani y reconocieron que a ellos también les ilusionaba tener un animal tan fantástico. Dani vendría todavía más a menudo para ayudarnos. A partir de ese momento, todo fue muy rápido. Antes de comprar el ave, buscamos todo el material necesario. Dicté toda una lista a mis padres y me llevaron a todas partes para que pudiese elegir yo. Encontramos pihuelas, posaderos, silbato, báscula, un guante para cada miembro de la familia. A mí me consiguieron una pieza de cuero que se adaptaba al tamaño de mi hombro, así cuando el ave se posaría en mi hombro podría sentirla con mi cara y sería un posadero más seguro que mi brazo. Comprobamos que mi casa tuviese una buena ventilación y reservamos un espacio para ella. Confeccionamos un botiquín con todo lo indispensable, así como material para limpiarla, injertar plumas y muchas más cosas necesarias. Nos hicimos con una caja para transportarla. Dani nos aconsejó sobre que comida comprarle para los días en que no la voláramos. La lista me pareció casi infinita. Decidimos comprar un cernícalo común. Son ideales para iniciarse y apenas cazan. Haría falta volarla un poco menos y mataría menos a otros pájaros. Además tienen un metabolismo menos sensible que otras aves, por lo que nos dejaría algún margen de error. Cuando fuimos a por ella, me decidí enseguida. Era una hembra de plumaje rojizo, profundos ojos negros y pico amarillo. Me enamoré enseguida. Nunca había visto un ave tan bonita. La llamé Luna. Toda la familia aprendió a ocuparse de ella. Al cabo de unas semanas, se subía al brazo de cualquiera de nosotros (en mi caso el hombro) en cuanto nos acercábamos. Todos consiguieron encaperuzarla, excepto yo y mi hermana pequeña. Mi padre y Dani consiguieron construir una especie de dispositivo que me permitía alcanzar comida con mi boca en una pequeña reserva en mi hombro derecho y dejarla en el hombro izquierdo

para Luna. Inventé una señal especial para nosotros dos. Era una especie de silbido que nadie conseguía reproducir. En cuanto lo hacía Luna saltaba a mi hombro. Más tarde cuando empezamos los vuelos con fiador, volvía enseguida cuando me oía hacerlo. La iniciamos a la caza con escapes y señuelos. Hasta que conseguimos que vuele dando círculos alrededor de nosotros. Ya estaba totalmente adiestrada. Cada dos días, ya que no conseguimos conciliar más tiempo en las agendas de mis padres y Dani, salgo a volarla con uno de los tres. Los días que no salimos, mis hermanas me ayudan por turnos a ocuparme de ella. Mi familia nunca ha estado tan unida y yo soy realmente feliz. Lo que más me gusta en el mundo es cuando siento las alas de Luna rozar mi mejilla para impulsarse, cuando vuelve hacia mí en cuanto la llamo. Pero por encima de todo, cuando la miro y siento que estoy con ella en el cielo, que yo, el paraplégico encarcelado en su propio cuerpo, gracias a ella, puede volar.

Clotilde Rivier Julien